

América Latina y China: ¿intereses contrarios o concordantes?

Eduardo Pastrana Buelvas y Rafael Castro Alegría

Introducción

China es el principal socio comercial, con excepción de México, de las mayores economías de América Latina. Durante la pasada década, Beijing y los Estados de la región han ampliado la agenda de las relaciones económicas y de cooperación. Actualmente, China es observador en la Organización de Estados Americanos (OEA), miembro del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), consultor en el Mercosur, observadora de la Alianza del Pacífico, miembro del Foro de Cooperación de América Latina y Asia del Este (FOCALAE) y de otros organismos extra regionales como APEC, donde converge con otras economías latinoamericanas.

Adicionalmente, el Foro Ministerial China-CELAC (Comunidad de Estados Latinoamericanos y del Caribe) se instauró oficialmente, en julio de 2014, y su primera reunión fueron los días 8 y 9 de enero de 2015. El más reciente encuentro entre China y América Latina de esa naturaleza se produjo en el marco de la Cumbre CELAC-China, en Santiago de Chile en enero de 2018.

Dicho foro es considerado un gran avance en la cooperación integral entre China y América Latina, sobre todo, porque no solo abarca al país asiático y a los treinta y tres miembros latinoamericanos, sino, también, incluyen a otras organizaciones regionales, como la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y el Banco de Desarrollo de América Latina (Centro de Información por Internet de China, 2015). Antes del Foro China-CELAC se conformaron varios otros regionales¹, por lo que ya había extensos vínculos multilaterales. Por tanto, el Foro China-CELAC es el resultado de una continua actividad diplomática china en la región. Además, China ha impulsado sus relaciones bilaterales con Estados de la región Latinoamericana en distintos niveles.

El presente documento interpreta, en primer lugar, las metas chinas al 2050, en el contexto de su política exterior. Segundo, se analizan las principales características de las relaciones entre América Latina y

China. Finalmente, se identifican los retos y se proyectan los escenarios que la región puede enfrentar en el contexto de la proyección y despliegue de China de sus programas y acciones de corte geopolítico y geoeconómico, a fin de alcanzar las metas que se ha trazado.

La política exterior y las metas chinas al 2050

Tras su llegada (1978) a la dirección del Partido Comunista de China (PCC), Deng Xiaoping realizó un diagnóstico del contexto doméstico de China y del escenario internacional. En primer lugar, afirmó que, si bien el socialismo es una etapa preliminar del comunismo, su país se encontraba en ese momento en una fase de subdesarrollo del socialismo. Segundo, identificó que la paz y el desarrollo eran dos preocupaciones fundamentales de las relaciones internacionales de la época.

Desde esta perspectiva, Deng formuló una serie de lineamientos multidimensionales para la transformación y modernización del Estado chino; y, por tanto, para la construcción del “socialismo con características chinas”. Como piedra angular de esos lineamientos, se estableció la estrategia de desarrollo de los tres pasos (*three-steps development strategy*). Tal estrategia planteó como objetivos:

1. Duplicar el tamaño de la economía y asegurar el acceso a suficiente comida y vestimenta para todos, que fue alcanzado a finales de los años ochenta.
2. Cuadruplicar el tamaño de la economía al finalizar el siglo XX, lo que se logró, en 1995, con cinco años de antelación.
3. Alcanzar para mediados del siglo XXI (2050), el nivel de producto interno bruto per cápita de países moderadamente desarrollados (Zheng, 2017).

Con respecto a esta estrategia de los tres pasos, la visión del actual líder chino, Xi Jinping, a 2050 implica alcanzar las metas proyectadas por Deng quince años antes de lo planeado. Así, Xi espera que la sociedad china sea moderadamente próspera para 2020, que logre ser un país socialista moderno para 2035, por medio de su transformación en una nación profundamente innovadora y que para 2050 sea una potencia con influencia y liderazgo global (Dingding, 2017). Hay que mencionar, además, que dichas metas parecen ir por buen camino, pues según las predicciones del Foro Económico Mundial, China será la primera

economía del mundo en términos del PIB para 2030, rebasando así a Estados Unidos (Gray, 2017).

Una de las dificultades que podría enfrentar China para alcanzar estos objetivos, es la ralentización de su economía y la trampa de la renta media. De esta manera, China no puede esperar un gran impulso de una economía global con los pronósticos sombríos, antes y después de la pandemia del COVID-19, que esta presenta para los próximos años, ni de sus masivas inversiones en diversos sectores económicos ni de su estrategia pro-exportaciones. Es aquí donde Xi ha señalado que se concentrará, entre otros elementos, en la innovación, la formación del talento humano y la investigación científica (Zheng, 2017).

La decisión de China de ampliar su integración económica global también estuvo vinculada al “nuevo multilateralismo” de su política exterior, que significó una transición del bilateralismo hacia una mayor participación en instituciones multilaterales. Proceso que comenzó, a nivel regional, al despuntar los años noventa con su aplicación en el Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico (APEC), continuó con su creciente cooperación con organizaciones como la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN) y con su involucramiento en la creación de instituciones, como la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS).

A nivel global, este nuevo multilateralismo se vio reflejado con su membresía en la Organización Mundial del Comercio (OMC) (2001), pero también al haber asumido un rol más activo en la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Aún más, con su veloz ascenso como potencia emergente y el proceso de multipolarización de las relaciones internacionales del siglo XXI, China empezó a proyectarse como un *rule maker* y ya no como un mero *rule taker*, lo cual se vio representado en su activo rol en el G-20 y en la formación de coaliciones como los BRICS. Así, como en un papel cada vez más amplio en las Misiones para el Mantenimiento de la Paz de las Naciones Unidas, con lo que busca proyectarse, al mismo tiempo, como una “superpotencia responsable”.

Asimismo, a nivel regional, China ha impulsado un mega-acuerdo de libre comercio: el *Regional Comprehensive Economic Partnership* (RCEP), en el cual participan los diez miembros de la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN), a saber Brunei, Camboya, Indonesia, Laos, Malasia, Myanmar, Filipinas, Singapur, Tailandia y Vietnam, más los seis Estados con los que esta organización tiene tratados de libre comercio (China, Australia, India, Japón, Corea del Sur y Nueva Zelanda). En este orden de ideas, el acuerdo que dará

origen al RCEP, según acordaron los quince Estados participantes en la cumbre de Bangkok, en noviembre de 2019, sería suscrito en noviembre de 2020. No obstante, la India ha decidido, por el momento, mantenerse al margen del megabloque. El RCEP tiene el potencial de convertirse en la mayor zona de comercio del mundo: podría abarcar el 47 % de la población mundial, un mercado de 3.400 millones de consumidores y el 32 % del PIB mundial. Adicionalmente, como se verá más adelante, se considera que el RCEP busca hacer contrapeso a la presencia de los Estados Unidos en Asia-Pacífico en lo que puede ser interpretado como *inter-institutional balancing* (He, 2015; Flemes y Castro, 2018).

En ese orden de ideas, China dio lugar a la creación del Banco Asiático de Inversión en Infraestructura (AIIB, por sus siglas en inglés) junto a los Estados del Asia Pacífico y otros socios globales, que algunos consideran un contrapeso chino al BM y al FMI, y a la superpotencia estadounidense. A su vez, China ha dado comienzo a su megaproyecto “una Franja, una Ruta” (*One Belt One Road*, OBOR por su sigla en inglés), la cual se denomina hoy como la *Belt and Road Initiative* (BRI) y fue presentado por el presidente Xi Jinping –a finales de 2013– como una gran estrategia de política exterior en materia económica, que le da contornos claros a los códigos geopolíticos regionales y globales de China en su proyección como gran potencia mundial.

En relación con lo anterior, se trata de la construcción de una moderna ruta terrestre y marítima de la Seda en el siglo XXI, a través de la cual China proyecta un amplio y ambicioso programa de construcción de infraestructura, a fin, en primer lugar, de integrar sus regiones fronterizas menos desarrolladas con los países vecinos. Segundo, el Gobierno chino aspira, en el marco de tal programa, conectar por vía terrestre dichas regiones –que conforman su *hinterland*– con Europa a través de Asia Central. Tercero, pretende la construcción de la Ruta Marítima de la Seda del siglo XXI mediante la interconexión de las provincias del sur de China con las pujantes naciones del sudeste-asiático, para cuyo propósito se proyectan la construcción de redes ferroviarias y de puertos (Cai, 2017: 2). Cuarto, China intenta, también, intensificar masivamente su interconexión infraestructural y comercial con Asia, Europa, Oceanía y el Este de África. Es más, los tomadores de decisión chinos aspiran y están intentado que dicha estrategia se pueda extender a América Latina.

En este orden de ideas, China intenta proyectar y consolidar su liderazgo regional y global a través de un gran y amplio programa de integración económica. De ello, puede derivar el carácter geoeconómico del BRI. Su objetivo es la creación de cadenas regionales y globales de valor, en cuyo proceso de desarrollo China podría convertirse en un centro avanzado de producción industrial e innovación, a fin de exportar estándares chinos globalmente.

Las relaciones entre China y América Latina

Los intereses geopolíticos y geoeconómicos de China en América Latina pueden sintetizarse en cinco:

1. La generación de un ambiente geoestratégico favorable para su autodenominado “ascenso del Asia-Pacífico” como el nuevo espacio económico del siglo XXI.
2. El aislamiento de Taiwán del reconocimiento de la sociedad internacional.
3. La búsqueda de acceso a grandes volúmenes de materias primas, necesarias para su continuo desarrollo.
4. La necesidad de encontrar más mercados para sus productos, principalmente, para aquellos con valor agregado.
5. La inversión en áreas de interés estratégico, desde una perspectiva geoeconómica, para facilitar la extracción de materias primas para China, por ejemplo, en infraestructura física o para la provisión de servicios por parte de ese país en las décadas siguientes, como en el caso de la infraestructura digital para brindar internet y servicios de telecomunicación, a fin de fijar estándares internacionales (Denoon, 2017).

Es importante considerar que el incremento de la presencia de China también se dio en una coyuntura particular para América Latina. Así, dentro de la cambiante geopolítica latinoamericana, se debe mencionar que, en la primera década del siglo XXI, Estados Unidos venía perdiendo influencia política y económica en Latinoamérica, al tiempo que otros actores la venían renovando o fortaleciendo. Por ejemplo, Rusia renovó su interés geoestratégico en América Latina, a la vez que China e India también han profundizado sus relaciones, principalmente económicas y comerciales, aunque esta última en una escala menor.

El vacío estratégico dejado por Estados Unidos tuvo que ver, por un lado, con una focalización de su política exterior, posterior a septiembre de 2011, hacia Oriente Medio, Europa y Asia en términos económicos y de seguridad. Por otro lado, en esta etapa, también, iniciaba un nuevo ciclo político y económico en la región latinoamericana, que tuvo como algunas de sus características:

- a) Un boom de los precios de las materias primas que otorgó un buen ritmo de crecimiento.
- b) La llegada de líderes de izquierda a la presidencia en diversos gobiernos de la región (denominada el giro a la izquierda o la “marea rosa” en América Latina).
- c) La búsqueda de una diversificación de los socios comerciales de la región.
- d) Una percepción de gran dinamismo económico en la región Asia Pacífico.
- e) La construcción de una nueva arquitectura de gobernanza regional, en cuyo contexto, surgieron organizaciones como la Unión de Naciones Suramericanas (Unasur), la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA) y la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC). Estas instituciones fueron denominadas posliberales (Sanahuja, 2012) o posthegemónicas (Riggiozzi y Tussie, 2012), en la medida en que buscaban construir una mayor autonomía con respecto al hegemón continental (Estados Unidos) y también excluían del foco de la integración regional al comercio e insertaban, como prioridad, otros temas: la coordinación política, la política social y la seguridad y defensa regional.
- f) La creación de la Alianza del Pacífico (AP) integrada por Colombia, Perú, Chile y México, institución regional que busca fomentar los aspectos comerciales y de coordinación económica entre sus miembros, a la vez que procura incrementar sus intercambios comerciales y de inversiones con los Estados de Asia-Pacífico (Pastrana, Betancourt y Castro, 2014). Desde esta perspectiva, los efectos de las acciones económicas de los Estados miembros de esta Alianza han apuntado a influir en los objetivos geoeconómicos de China y otros Estados del Asia-Pacífico.

En ese contexto, la aproximación a China, también, una forma de diversificación de socios comerciales, especialmente, profundizando las

relaciones con los Estados de Asia-Pacífico. Ahora bien, para América Latina, el incremento de la presencia de China ha tenido diversos impactos.

Primero, la región se ha beneficiado de las ventas masivas de sus materias primas a China (con importaciones también masivas desde ese país), que se ha convertido en el segundo socio comercial para Latinoamérica, después de Estados Unidos y sobrepasando a la Unión Europea. Por su parte, China ha venido incrementando sus exportaciones de productos con valor agregado, con lo cual se viene consolidando un patrón desigual de los términos de intercambio entre ambos socios comerciales que ha profundizado el proceso de reprimarización de las estructuras productivas de las economías de la región.

Segundo, con fundamento en lo anterior, se evidencian, por lo tanto, otros impactos negativos y preocupaciones regionales con respecto a las relaciones económicas con China, tales como las afectaciones medioambientales de las inversiones y obras chinas, la preocupación por la compra masiva de tierras en América Latina y la no utilización de mano de obra de la región. Adicionalmente, hay inquietudes por el nivel insostenible de algunas de las deudas de los Estados de la región y, por parte de Estados Unidos, hay cierta percepción de que estos préstamos estarían “dando oxígeno” para su supervivencia más allá de sus límites económicos a regímenes antiestadounidenses –como Venezuela– (Ellis, 2018) y que registran casos de violación a los Derechos Humanos.

Tercero, las inversiones que China ha realizado contribuyen a impulsar áreas de interés, donde se necesita mucho desarrollo en la región, en especial, la infraestructura. Por eso, los préstamos para proyectos de infraestructura por parte de China a muchos Estados de América Latina constituyen uno de los sectores de mayor importancia en el desarrollo de las relaciones sino-latinoamericanas.

Cuarto, los préstamos –que China ha venido otorgando a Estados latinoamericanos– se incrementaron sustancialmente y han superado a los que realizan en el subcontinente el Banco Interamericano de Desarrollo y el Banco Mundial juntos. En especial, encontramos como receptores de estos créditos en la región a Venezuela, Argentina y Ecuador.

Finalmente, las relaciones entre China y los Estados de la región se han conducido, esencialmente, en un nivel bilateral, asignando a la relación con algunos Estados de la región la categoría de *Comprehensive Strategic Partnership* (Brasil, Perú, México, Argentina y Venezuela) y a

Chile la de *Strategic Partnership*. Estas categorías usadas a nivel global por la diplomacia china destacan a los países latinoamericanos que tienen una mayor importancia estratégica y económica y con los que se tiene o se desea promover la coordinación en asuntos internacionales, así como mayores intercambios económicos.

No obstante, China también ha realizado encuentros entre las y los mandatarios latinoamericanos en el marco de las Cumbres China-CELAC, en las cuales se han abordado áreas de interés mutuo, especialmente en el marco “1+3+6” para la cooperación económica bilateral. En el que el 1 (uno) concierne al Plan de Cooperación China-CELAC que se proyectó de 2015 a 2019. El 3 (tres) ha representado los tres motores para promover el desarrollo de la cooperación práctica entre China y América Latina en sectores, tales como el comercio, las finanzas y las inversiones. Mientras que el 6 (seis) ha abarcado seis campos, en los que se han promovido las relaciones bilaterales: recursos naturales, energía, agricultura, construcción de infraestructura, manufactura, innovación científica y tecnológica y, por último, en las tecnologías de la información. Adicionalmente, para China el Plan de Cooperación China-CELAC 2015-2019 ha representado una de sus apuestas más ambiciosas en la región, ya que incluyó un gran número de áreas de cooperación en alta tecnología y producción de bienes de valor agregado. Como parte de dicho proyecto, la electromovilidad viene desempeñando un rol fundamental al intentar transformar la matriz de transporte público de diversos países latinoamericanos por una más amigable con el medio ambiente, tal como ocurrió en 2019 en Santiago de Chile con la incorporación de una flota de 200 buses eléctricos chinos y en la ciudad de Medellín, Colombia, con 64 vehículos de este tipo; pronosticando para el 2030 un total de 4.1 millones de buses eléctricos en Latinoamérica (RIAL, 2019).

De esta manera, China intenta establecer un equilibrio entre el desarrollo económico y la protección del medio ambiente sumado al cambio que ha presentado su Inversión Extranjera Directa (IED) en la región en los últimos años, la cual pasó de estar concentrada en la extracción de materias primas a focalizarse en el sector de servicios (Crivelli y Lo Brutto, 2018: 46).

Las metas de China al 2050 y los desafíos para América Latina

Es importante considerar que el contexto global y regional descrito en el acápite anterior, se viene transformando de forma sustancial y

representa nuevos retos para América Latina de cara a las metas chinas a 2050 y la BRI. La llegada de Trump a la presidencia de los Estados Unidos ha generado efectos sumamente negativos para el orden liberal internacional y los mega acuerdos de libre comercio liderados por la superpotencia (TPP y TTIP), lo cual ha cambiado la estrategia que este país había diseñado durante la administración Obama, cuyos pilares fundamentales eran el militar y el económico-comercial para hacer contrapeso a China en Asia-Pacífico e incrementar su presencia en esta región. En ese orden de ideas, la salida de Estados Unidos por decisión de Trump del TPP, derrumbó el segundo pilar de tal estrategia hacia Asia-Pacífico y frenó una posible reaproximación al subcontinente latinoamericano. Situación que ha sido agravada, entre otros elementos, por la renegociación del NAFTA, la retórica antilatina y antinmigrantes de Trump.

Por su parte, el Estado chino se encontraba impulsando ya su propio megaacuerdo de libre comercio: el *Regional Comprehensive Economic Partnership* (RCEP), que incluye varios de los miembros del TPP (ahora CPTPP). Es interesante destacar que unas de las potenciales consecuencias geoeconómicas de la salida estadounidense del TPP, es que los Estados latinoamericanos decidan aproximarse a este acuerdo liderado por China. Por ejemplo, tras el TPP *exit* del Estado norteamericano, Chile y Perú manifestaron sus intenciones de participar en el RCEP.

Otro punto importante de cambio geoeconómico es la dirección propuesta por la Alianza del Pacífico, cuyos miembros, tras la incertidumbre en torno al TPP, convocaron, en marzo de 2017, una cumbre en Viña del Mar para discutir posibles caminos para continuar avanzando en el libre comercio a nivel global y regional, a esta cumbre invitaron a todos los miembros actuales del CPTPP más Corea del Sur y China. De ello se desprende una estrategia geoeconómica de la Alianza del Pacífico, en cuyo entramado se fusionan los intereses políticos de los tomadores de decisión y de parte de los agentes económicos de los Estados miembros.

A partir de la suscripción de esos acuerdos, y de la potencial adhesión de los demás miembros del CPTPP y China, la Alianza del Pacífico ha intentado convertirse en uno de los ejes articuladores de un interregionalismo pos-TPP entre Asia y América Latina. Ese interregionalismo puede caracterizarse como híbrido, en la medida en que combina relaciones Bloque-Estado (AP-Estados Asociados) y Bloque-Bloque (donde entrarían, por ejemplo, las relaciones AP-ASEAN) (Pastrana y Castro, 2017).

Lo anterior podría tornarse estratégico en la medida en que el eje geoeconómico Europa-Asia-África que China se encuentra construyendo con la BRI no incluye a América Latina, y grandes proyectos de infraestructura que se habían anunciado para la región, como el tren que conectaría el Atlántico y el Pacífico en el subcontinente latinoamericano, que se encuentran paralizados. A pesar de lo anterior, se afirma que China le ha extendido una invitación a América Latina para participar.

No obstante, en la Cumbre CELAC-China de 2018, más que acuerdos específicos para una inclusión de la región en esta mega iniciativa, se observó el interés de China en obtener un respaldo fuerte por parte de América Latina para la BRI e incluso deseaba que este fuera el lema del evento, a lo que se opusieron fuertemente Estados como Brasil y Colombia.

Finalmente, se hizo una Declaración Especial conjunta señalando que la iniciativa fue presentada por parte del Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Popular de China a los Cancilleres de la CELAC, y que estos la acogieron con interés. Al tiempo que la parte China destaca en la misma que los Estados de América Latina “forman parte de la extensión natural de la Ruta de la Seda Marítima” (Cumbre CELAC-China, 2018).

Ahora bien, uno de los problemas que continúan evidenciando este tipo de encuentros, es la ausencia de una coordinación política y de una integración profunda entre los Estados latinoamericanos. Sin la cual resulta imposible coordinar posiciones y definir estrategias conjuntas para negociar con grandes potencias extrarregionales como China, quienes, por ende, prefieren continuar manejando el grueso de las interacciones con la región a nivel bilateral. Desde una perspectiva interregional, el gigante asiático concibe a América Latina como un actor unitario y no toma en cuenta las particularidades del regionalismo de esta zona (Pastrana, 2018: 50). Esta se caracteriza por tener una arquitectura regional diversa y compleja, que se evidencian en proyectos regionales como la CELAC y subregionales como la Latinoamérica, que se han distinguido por un bajo nivel de compromisos institucionales y un énfasis marcado en la soberanía nacional.

Lo anterior, muestra un panorama en el que las instituciones se reinventan cada lustro, se descuartizan cada década y no funcionan bien la mayor parte del tiempo, dificultando que puedan alcanzar así sus objetivos (Pastrana & Castro, 2018: 34-35). Esto podría representar problemas tanto para China como para América Latina, debido a que,

si bien China tiene un plan claro frente a la región, esta no parece estar preparada para mitigar los impactos de la inserción asiática en el continente ni para revertir la reprimarización de las economías de la región.

Los beneficios de una aproximación a China se pueden tomar también en un factor centrífugo para la integración latinoamericana. En tanto se privilegian los acuerdos institucionales que permitan negociaciones bilaterales con China o, como en el caso del SICA en Centroamérica, se acentúan las tendencias a la flexibilización institucional para permitir la profundización de acuerdos con el país asiático.

Hay que mencionar, además, que en el caso de China podrían verse obstaculizados proyectos a gran escala, por la poca unidad y cooperación que presenta América Latina. Conviene subrayar que, uno de los proyectos a gran escala, que puede presentar retrasos es la llegada de la red 5G (sigla que denomina la quinta generación de tecnologías móviles e inalámbricas), esta tecnología revolucionaria presenta grandes retos para región, ya que es conveniente preguntarse si el continente está preparado para una nueva revolución del internet y las telecomunicaciones, que traerá cambios en ámbitos como el político, el cultural, el económico y hasta la forma en cómo concebimos el entretenimiento.

La red 5G es más veloz y permite una hiperconectividad más amplia con el mundo y es, sin duda, la joya de la corona de China, convirtiéndose en la columna vertebral de las telecomunicaciones globales. En contraste con lo mencionado, América Latina presenta tres barreras indiscutibles que retrasaría la llegada de esta tecnología que, sin duda es una necesidad, son: la falta de antenas e infraestructura en la región, el desconocimiento y falta de apoyo de parte de las autoridades locales y los mitos que se tejen alrededor de esta tecnología, lo que impide el despliegue de antenas a lo largo de su territorio (RIAL, 2020).

Aún si la región decide adoptar esta tecnología (con o sin las reservas que han establecido ciertos Estados como los europeos), América Latina podría verse seriamente perjudicada en términos de adaptación, puesto que no cuenta con los mecanismos, ni locales ni regionales, para una cooperación entre los Estados latinoamericanos que facilite la implementación de esta nueva tecnología que no espera a que las políticas se adapten a la misma velocidad que esta crece y evoluciona.

Quizás en el corto plazo, la priorización de las relaciones bilaterales con China permita que los Estados de latinoamericanos obtengan, por ejemplo, condiciones de liberalización comercial más favorables a su

mercado interno en negociaciones de tratados de libre comercio con China. Empero, en el mediano y largo plazo, sin la implementación de políticas regionales que generen un mejoramiento coordinado de la infraestructura regional, una mayor profundización del comercio intrarregional y la creación de cadenas regionales de valor que permitan exportar productos competitivos con mayor valor agregado a Asia, resultará muy difícil revertir el proceso de reprimarización de las economías de la región.

Lo anterior resulta preocupante dada la volatilidad de los costos de las materias primas y sus actuales bajos precios internacionales. De momento, lo más posible es que la negociación y liberalización comercial en las relaciones con China continúe a nivel bilateral o que provenga de instituciones subregionales como la Alianza del Pacífico. Sin embargo, actualmente este organismo subregional se encuentra estancado debido a la coyuntura que presentan sus miembros. Por un lado, el descontento social en Chile y Colombia han afectado, en el corto plazo, tanto su inserción económica internacional como la política exterior de dichos países. Por otro lado, lo pactado en la renegociación del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA, por sus siglas en inglés) impide que México firme acuerdos de libre comercio con países que no sean considerados economías de mercado (Pastrana y Castro, 2020), por lo que dicha disposición podría convertirse en un obstáculo para que México suscriba un TLC con China y, en adición, pueda ingresar como miembro asociado a la Alianza del Pacífico.

Por otro lado, el fin del boom de los precios de las materias primas también ha estado acompañado por un gran declive de la marea rosa, lo cual va dando forma al comienzo de un nuevo ciclo, marcado por el regreso de candidatos de derecha a la presidencia en países de América Latina, quienes procurarán acelerar los procesos de liberalización comercial de estos países como una de las fórmulas para reactivar sus economías.

Otras implicaciones de las metas chinas para América Latina, así como de estos cambios globales y regionales son:

1. El orden liberal internacional está siendo golpeado fuertemente por los Estados Unidos. En cuanto al comercio internacional, Trump también ha anunciado sus intenciones de retirar a su país de la OMC y de revisar todos los acuerdos de libre comercio que ha suscrito el Estado norteamericano, al tiempo que ha incrementado unilateralmente los aranceles al aluminio y al acero. En contraste,

China anunció en la Cumbre de Davos en Suiza, en 2017, en concordancia con las metas establecidas a 2050, que de ser necesario podría liderar el libre comercio internacional del que, por supuesto, se ha beneficiado ampliamente.

2. Como parte de los acuerdos de ese orden liberal internacional, la lucha contra el cambio climático se encuentra amenazada tras la decisión de Trump de retirar a Estados Unidos del Acuerdo de París, mientras que Alemania, Francia y China se han mantenido firmes en su defensa, por lo que los países latinoamericanos pueden encontrar socios internacionales más receptivos y confiables en cuestiones medioambientales y los elementos de desarrollo y transformación tecnológica asociados a las mismas. No obstante, la cercanía de China y las posiciones de Bolsonaro en la COP-25 en Madrid (y, en general, su preferencia por el trabajo con los miembros del BASIC2) muestra que esto no será automático, y que la región deberá trabajar mancomunadamente para generar contrapesos al negacionismo climático y presentar-construir alternativas para avanzar y profundizar los acuerdos climáticos globales.
3. La compleja coyuntura internacional generada por la COVID-19 y las diversas respuestas internacionales pueden profundizar los cambios geopolíticos y geoeconómicos analizados a lo largo de este texto. En relación con América Latina, la expansión del virus abrió un espacio para un mayor despliegue del *soft-power* chino en la región –factor geopolítico– con el envío de material de protección, máscaras y respiradores, mientras que actores clásicos como la Unión Europea y Estados Unidos aún se encuentran en necesidad de mantener estos implementos en sus territorios (en el caso del último incluso confiscando compras ya realizadas por gobiernos latinoamericanos). El lado geoeconómico se presenta con la paulatina reactivación de la economía china, previa a la global, que es un destino fundamental de exportación para las materias primas latinoamericanas (Blofield, Hoffmann, Llanos, 2020), por lo que se torna clave para enfrentar la difícil situación humanitaria, política, económica y fiscal que enfrenta el mundo y, dadas sus ya precarias condiciones financieras y sociales, por supuesto, la región.

Conclusiones

Las metas a 2050 sintetizan uno de los objetivos fundamentales de China en el mediano plazo: convertirse en una potencia líder a

nivel global. Una de las piezas fundamentales para alcanzar esa meta es la apuesta geoeconómica por la construcción de la BRI, que la interconecta con Asia, Europa, Oceanía y África del Este –de lo que no se descarta su extensión hacia América Latina–, ubicándola en el centro del tablero económico global, y proporcionándole vías terrestres y marítimas para vender sus productos y adquirir las materias primas y recursos energéticos necesarios para continuar siendo la factoría del mundo.

Otro de los ejes fundamentales de esa proyección, es la promoción del RCEP como mega bloque comercial en el que no participa Estados Unidos, y que le permitirá profundizar sus relaciones comerciales con los Estados de la región asiática y, potencialmente, con algunos de América Latina. Al mismo tiempo, sus grandes volúmenes de inversión, compras, donaciones y préstamos la convierten en un actor clave para la economía global.

Las metas a 2050 contienen, además, implicaciones geopolíticas, ya que ser una potencia líder global implica participar, cada vez más, de forma más activa en la construcción de las reglas e instituciones de la gobernanza global, siendo más *rule maker*, que *rule taker*. Aquí China ha participado en los intentos de reforma de las instituciones globales (v.gr. FMI), en la construcción de nuevas alternativas institucionales internacionales (Banco de los BRICS) e incluso en la generación de nuevas arquitecturas institucionales regionales (AIIB).

Los alcances geopolíticos de ese liderazgo se están evidenciando, con mayor claridad, ante el declive de la hegemonía estadounidense y los ataques de Trump contra el orden liberal internacional. Particularmente, en el campo del comercio internacional y del medioambiente, China se ha mantenido firme en la defensa de los acuerdos y las instituciones existentes, por lo que ya empiezan a evidenciarse rasgos de ese liderazgo.

China se ha convertido en el primer socio comercial, con excepción de Colombia, de las economías más importantes de Suramérica. Sus compras, préstamos, donaciones e inversiones fueron una parte fundamental de la bonanza económica que representó el boom de los precios de las materias primas, y continúan creciendo y siendo sumamente representativas para las economías y el comercio exterior de la mayoría de los países de América Latina. Aunque esta región latinoamericana no se encuentra incluida en la BRI, China la ha presentado como parte de la “extensión natural” de esa iniciativa, lo cual aún no se ha manifestado en acuerdos concretos que implementan

dicha ampliación, sino principalmente en la búsqueda de respaldo internacional de la región a la misma.

En cuanto al comercio internacional, la retirada de Estados Unidos del TPP y el ascenso de las nuevas derechas latinoamericanas, contribuirán a una mayor aproximación de los Estados latinoamericanos a China y a otros Estados del Asia-Pacífico. Aquí se observa un interés por vincularse al RCEP, por ejemplo, por parte de Chile y Perú. Adicionalmente, la Alianza del Pacífico se está ubicando (junto al CPTPP) como el eje de un interregionalismo pos-TTP entre Asia-Pacífico y América Latina, a través de la creación de la categoría del Estado Asociado, para la que ya se encuentra negociando con varios firmantes del CPTPP (y posiblemente en el futuro de otros miembros del CPTPP y de China).

En cuanto a otros aspectos del orden liberal internacional, como la protección del medioambiente, y la tecnología y estrategias de desarrollo asociadas al mismo, China puede convertirse en un socio clave para la región ante la retirada de Estados Unidos del Acuerdo de París. No sólo por su apoyo a este acuerdo, sino también por la perspectiva de que realice transferencias tecnológicas a América Latina, que le permitan cumplir de forma efectiva con los compromisos adquiridos.

Finalmente, otras de las cuestiones más preocupantes de un mayor relacionamiento con China ante su surgimiento y consolidación como potencia líder global, continúa siendo la profundización del proceso de reprimarización de las economías latinoamericanas y la incapacidad de generar una respuesta regional ante este fenómeno en particular: por ejemplo, con la construcción de cadenas de valor regional y posiciones conjuntas frente a las pretensiones chinas en la región.

Notas

1. Foro China-Caribe de Cooperación Comercial y Económica, Diálogo del Mercado Común China-América Latina, Foro de consulta China-Comunidad Andina, Cumbre de Negocios China-América Latina.
2. Grupo conformado por Brasil, Sudáfrica, India y China.

